

INSTRUCCION PARA LA MUJER

REVISTA QUINCENAL

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes.

LIGERA IDEA

DE LAS BELLAS ARTES EN SU DESARROLLO HISTÓRICO.

III

La escultura, arte bello por excelencia, puesto que tiene un fin en sí mismo, es superior bajo este concepto á la arquitectura: no responde á más fin que á producir placeres estéticos, á presentar la belleza físico-humana, no de una manera fría y sin expresión, sino por el contrario, imprimiendo á las formas materiales los movimientos del espíritu, dándoles ideas, sentimientos, pasiones y carácter; y como todas las manifestaciones artísticas de la actividad humana, representando los ideales del pueblo á que deben su existencia.

La escultura oriental se distingue por lo colosal de sus formas y la escasa vitalidad en las figuras. En la India y en la China se demuestra lo deforme, sobre todo en la representación de sus ídolos: son horribles, espantosos ó ridículos y colocados en las actitudes más extrañas, hasta el punto de que la imaginación se tortura en buscar la idea que tendrían esos pueblos de sus divinidades cuando en tales formas las representan.

En el Egipto la estatuaria se presenta también con formas colosales; pero con carácter muy determinado de símbolos ó emblemas. Sus figuras guardan una simetría y amaneramiento insuportable, no sólo en los grupos, sino en las actitudes y hasta en los pliegues de sus vestimentas. Para comprender esta clase de arte es necesario estudiar

sus geroglíficos y sus símbolos, lo que es sumamente difícil.

La Grecia, cuna de las artes en general y sobresaliendo de una manera asombrosa en la estatuaria, hizo que ésta llegara á tal grado de esplendor, que con los siglos trascurridos, con los adelantos de todo género, nadie ha podido llegar al grado de sencillez, magestad y belleza que distingue á la estatuaria griega, teniéndose por dichoso el artista de los tiempos modernos que puede copiar alguno de sus bellos rasgos.

Sus escultores se servían principalmente del mármol blanco: su diafanidad, pulimento y limpieza, ayuda á la delicadeza del trabajo; su dureza le conserva y su color dá á la forma como expresión de envoltura trasparente del espíritu que el artista quería representar y aun dar vida y movimiento. La estatuaria griega se presenta al desnudo generalmente, prescindiendo del accidente que la perturba, lo cual dá á la figura más pureza, más idealismo, aleja más de la realidad, espiritualizando el símbolo ó alegoría de la obra estatuaria.

Las divinidades griegas serán inmortales y fuente de inspiración para el arte. Sus Diosas, sus Vénus y Apolos, vivirán eternamente como representación pura, como forma idealizada en medio del materialismo dominante, de sentimientos, de pasiones y de aspiraciones de la humanidad. La estatuaria griega será siempre un modelo acabado, perfecto y con los rasgos del génio en su más sublime inspiración. Siempre se recordarán admirándolos á Fidias, Myron y Praxiteles.

En Roma no se encuentra más arte, como dijimos anteriormente que la imitación de los etruscos y de los griegos; pero al prestarle su carácter y su originalidad apareció el retrato, que sacaban con un parecido y una expresión asombrosa. En nuestros museos se conservan muchísimos bustos sobre todo de Emperadores romanos y de los personajes notables de aquella época en que se admiran esas cualidades.

En la Edad Media con el cristianismo, que es todo espiritual, perdieron las formas su importancia y el culto que se las rendía. Querían determinar poco la forma que aparecía velada por vestimentas que la desfiguraban y afean y si se añade á esto que introdujeron la costumbre de dar colorido á las estatuas sobre todo á las imágenes de santos, haciéndolas perder su sencillez y diafanidad, veremos el principio de la decadencia. Además, en este género de escultura se observa una profusión de adornos, de limbos, de atributos y de emblemas, que corrompió el gusto é hizo perder el principio de la belleza en la estatuaria. Queriendo darles espiritualidad les quitaba la forma y carecían de ésta y de fondo expresivo, solo conservaban el que la devoción de los fieles quería darle. Esto, por regla general, porque también hay magníficas esculturas, sobre todo las que representan al Salvador en su infancia ó en la cruz.

En los siglos XIII y XIV, con el renacimiento vuelve á presentarse el gusto y el génio de Grecia, unido á la imaginación oriental y aparece en la escena del arte, Cívetti, Donatello, Brunellesqui y sobre todo Miguel Angel, el génio por excelencia que sobresalió en todas las artes á semejanza de Leonardo da Vinci. Ya le conocemos como un génio en la arquitectura, fabricando la iglesia de San Pedro; como escultor le admiramos en muchas obras descollando entre todas su Moisés, después le veremos pintando los frescos de la capilla Sixtina. Todos estos artistas daban á sus composiciones un carácter á la vez cristiano y clásico

que desgraciadamente decayó bien pronto. Esta decadencia era natural y necesaria. La escultura, arte del paganismo tenía que morir con él; y á nuevos ideales nuevas formas en el arte que los representaran. El cristianismo tiene también su arte esencialmente cristiano; la pintura: y como entre una época y otra época hay siempre un período de transición, también esta transición se manifiesta en el arte y aparece el relieve. No es esto decir que ántes no se conociera, se cultivaba; pero en esta época es cuando adquiere su mayor perfeccionamiento. En la Edad Moderna son escasísimas las obras estatuarias y aún más escasas las que aparecen marcadas con los rasgos del génio. La mayor parte son imitaciones y no perfectas de las obras de la antigüedad.

La pintura, arte esencialmente cristiano, es superior á todos los que se manifiestan inmediatamente en el espacio y se perciben por la vista. Tiene un carácter marcadamente espiritual, pues se vale para su expresión de líneas y colores y se sirve de la impalpable luz como de uno de los principales materiales para su composición. Además la pintura expresa en todo el rostro y especialmente en los ojos todos los sentimientos del espíritu, es susceptible de manifestar con sólo una mirada un mundo de ideas, y la escultura por mucha expresión que el artista haya sabido esculpir, no presenta en los ojos de la estatua más que una cabidad sin luz y sin movimiento.

La pintura tiene otra ventaja sobre la escultura y es el poder representar escenas, pluralidad de objetos, pormenores que bajo unidad representen una acción. La escultura á lo más puede formar grupos; por eso la pintura responde mejor á todas las concepciones del génio y puede expresar todas las situaciones del espíritu, el sentimiento puro del alma.

Considerada la pintura en su desarrollo histórico la podemos estudiar en la edad antigua y en la Edad Media y en la moderna.

Hay una leyenda que explica el origen de la pintura diciendo que el amor fué el primer inspirador. Una jóven fué marcando en el muro el contorno de la sombra que proyectaba su amado, despertando de esta manera en los demás la idea del disoño; pero dejando á un lado fábulas poéticas estudiaremos las primeras manifestaciones de la pintura en los pueblos antiguos.

En el Oriente las pinturas son muy inferiores, carecen de belleza y no merecen citarse más que una especialidad usada en el Egipto, la pintura de los sarcófagos. Este pueblo llenaba de geroglíficos y de inscripciones sus sepulcros y las tapas de los ataúdes retratando a veces el cadáver que iban á encerrar. También pintaban las últimas capas de las momias, ya fuera para darles mejor aspecto ó para preservarlas de las injurias del tiempo. En los demás pueblos de la antigüedad, la pintura no hizo grandes progresos.

En Grecia, si todas las artes llegaron á un grado de esplendor que admira en los tiempos modernos, no habrá de ser una excepción, el divino arte de la pintura. Grecia y Roma, su discípula en las artes, sobresalieron en la pintura al fresco que es la más difícil por no admitir correcciones, lo cual demuestra la maestría del pintor. Estos dos pueblos adornaban sus casas con magníficos frescos, decoraban sus habitaciones con un gusto y una sobriedad de pormenores presentando un aspecto gracioso y severo á la vez. Notables son por más de un concepto los frescos que aún se conservan de aquella época sobre todo en la célebre Pompeya. El colorido de la pintura griega es bellissimo: sus tintas suaves, delicadas y permanentes; las combinaciones de las figuras con los adornos, del mejor gusto; el dibujo es correctísimo; pero con todas estas bellezas, se resiente del carácter que imprimían á todas sus obras, carácter algún tanto materialista, que si á la escultura favorece hasta hacerla llegar al más alto grado de esplendor, á la pintura le quita su carácter espiritual

y si puede decirse idealista. La pintura griega con ser tan bella carece de vida y movimiento.

Representa grupos y figuras, pero no acciones; retrata la vida corporal, no la del espíritu: el rostro carece de expresión y la mirada es fría y no dice nada á la vida del alma. Esto es por lo general; pero también en Grecia en aquella época hubo genios que se adelantaron á su tiempo. Se recuerda con admiración á pintores tan notables como Polignoto en los primeros tiempos, y después á Ceuxis, Parrasio y Apoles. De tal manera ensalza la fama el genio de estos pintores que llegan á comparar á Parrasio con el Corregio por la corrección del dibujo y por el gran parecido en los retratos, y á Ceuxis como un digno antecesor de Miguel Ángel que sobresalió en la energía de las líneas y valentía al marcar los colores.

Cuentan de Ceuxis que imitaba hasta tal punto la naturaleza, que los pájaros iban á picotear las uvas que había pintado en una tabla. Esto que parece bastante exagerado, adquiere visos de verdad al recordar la cruz que hay pintada en la cartuja de Granada en donde las golondrinas van á posarse engañadas por la corrección del dibujo. Las obras que se recuerdan de estos pintores son: Júpiter, los dioses del Olimpo, Penélope y sus amantes, un retrato de Hércules y un retrato de Friné.

Desde esta época, la pintura apenas si tiene quien la cultive; poco ó nada notable se presenta; y si algo se empezaba á mostrar, eran imágenes de santos, como vi-lumbrando la tendencia cristiana que había de manifestar en adelante. En el siglo XI se dan á conocer algunas obras; pero careciendo de belleza y de ideales, y faltando en absoluto vida y movimiento. Las obras pictóricas de esta época se distinguen por la falta de proporción y de unidad, y se conoce que ignoraban sus autores las reglas de perspectiva. De este modo siguió la pintura sin adelantar gran cosa hasta el siglo XIII, en que Joto apareció presentando

sus obras á la admiración de su tiempo y de los posteriores. Desde este siglo hasta el XVIII, los progresos de la pintura son rapidísimos. Arte cristiano por excelencia, tenía que llegar á su mayor esplendor, cuando el fervor religioso dominaba en todas las manifestaciones de la vida, cuando la inspiración se sostenía con las creencias, y cuando la imaginación, exaltada por las aspiraciones y tendencias de la Edad Media, daba formas reales y sensibles á todos los misterios religiosos, presentándolos con las formas más idealizadas y poéticas. Pocos cuadros de verdadero mérito se produjeron en los siglos XVI y XVII que no tuvieran por tema un asunto religioso.

Desde el siglo XIII al XV presentaban el cuadro dividido en dos escenas, una en el cielo y otra en la tierra; pero formando unidad en la idea que querían expresar. En nuestro Museo, el cuadro de la Trastiguration está en esta forma. Desde el siglo XV en adelante vá desapareciendo esta costumbre y dando más armonía á todas las obras.

En el siglo XIII, Joto, si no fué el primer pintor que se presentó, fué el primero en importancia; fué verdaderamente un gran génio. Siguió la escuela bizantina de su maestro; pero dando tal vuelo, remontándose á tal altura, que entre sus obras y las de Rafael, que vivió cerca de dos siglos después se nota muy poca diferencia. La cena de Rafael y la de Joto parecen de la misma época.

En los siglos XVI y XVII llega la pintura á su mayor grado de esplendor, y en el XVIII empieza la decadencia, coincidiendo ésta con la tibieza de la fé en asuntos religiosos. Parece encontrarse falta de inspiración cuando aquellos ideales no exaltan su fantasía y cuando no han venido otros nuevos á sustituirlos, ó al menos no tienen representación en la esfera del arte. En los tiempos modernos, los pintores parecen buscar su inspiración en la historia, escogiendo los asuntos más dramáticos ó trascendentales.

En los siglos XVI y XVII aparecen varias escuelas, distinguiéndose unas por el dibujo, y otras por el colorido. Por la fuerza del dibujo se distingue, entre todos, Miguel Angel. Sus frescos de la capilla Sixtina lo demuestran bién claramente. Por la dulzura del dibujo y del colorido, el beato Angélico de Firenze. Leonardo da Vinci, en el siglo XVI, también es notabilísimo por el dibujo.

La escuela italiana, subdividida en florentina, romana, veneciana, lombarda, napolitana y genovesa, brilla de una manera esplendente y aparecen genios como el Perugin y Leonardo da Vinci, representantes de la escuela florentina. Del último se conserva un fresco en la iglesia de San Onofre en Roma, célebre por la coronación del Tasso. Miguel Angel, como genio superior que rompe toda ligadura, no representa escuela determinada áun cuando puede colocarse entre las escuelas romana y florentina. De la escuela romana vemos descollar entre todos á Rafael de Urbino, notable por su hermosa Magdalena, y más aún por sus vírgenes. En esta época la escuela florentina llega á su más alto grado de esplendor por la expresión, vida y movimiento que imprimía á sus obras. Las vírgenes de Rafael son un encanto por la expresión del rostro y la pureza de las líneas. Julio Romano y Andrea del Sarto, discípulos de Rafael, pertenecen á la escuela florentina y el Ticiano á la escuela veneciana. En las demás escuelas italianas se distinguen Guido Reni, Annibal Carraci y el Dominicano; y como célebre anatómico sobresale Rivera; notables son sus imágenes de San Jerónimo que demuestran el estudio tan detenido que tuvo que hacer.

(Se concluirá).

CARMEN ROJO Y HERRAIZ.

SANTA TERESA DE JESÚS (1).

Hay existencias que dejan tras de sí una estela luminosa, cuyo resplandor no pueden apagar los siglos; existencias que ejercen su influjo á través de la marcha del tiempo. De una de estas voy á tratar, y no quiero pasar en silencio la coincidencia que hace que yo, indigna representante de mi sexo en estas lides de la inteligencia, sea la encargada de recordar á otra mujer que representó brillantemente al mismo, entre la multitud de escritores que enriquecen nuestra historia literaria. Esa mujer, cuyo divino entusiasmo y extraordinarias facultades desearía poseer en este momento para hacer su elogio, se llama Santa Teresa de Jesús.

Quédese para persona más autorizada y ocasión más oportuna el narrar detalladamente su biografía y reseñar una por una todas las altas virtudes que en ella resplandecieron. No me considero con fuerzas para empresa tan difícil, ni me lo permite el tiempo de que puedo disponer. Sólo hablaré de las obras que nos legó, que fueron varias y más hubieran sido á no impedirlo su excesiva humildad. Tanta era ésta que sólo escribía cuando recibía la orden terminante de sus directores espirituales.

Pueden clasificarse sus obras en tres grupos: de estilo sencillo, medio y sublime; pero esta clasificación ofrece muchas dificultades, porque en una carta escrita con naturalidad y descuido estampa un concepto elevado, y en los escritos donde se desborda toda su inspiración no abandona su natural gracia y sencillez. Esta se presenta más principalmente en sus cartas, verdaderos modelos de elegancia y precisión. En es-

tos escritos se revela la vida exterior de la Santa, sus relaciones con el mundo que quería olvidar y que la perseguía hasta el fondo del cláustro. De sus obras en estilo medio podemos citar el libro de las fundaciones, y como ejemplo de las escritas en estilo sublime tenemos sus poesías.

Cuatro son los géneros en que sobresalió Santa Teresa; el histórico, el preceptivo, el doctrinal y el poético.

Pocos autores pueden vanagloriarse de cultivar tan diferentes géneros y con éxito tan feliz.

En las obras del primer género enseña con la práctica el verdadero camino de la perfección cristiana.

En las del segundo género da los preceptos para la vida exterior y, no bastando ésta para alcanzar tan santo fin, en las obras del género doctrinal la sostiene con la meditación y mortificación de las inclinaciones, hasta conseguir el aniquilamiento del amor propio y de las criaturas para convertirlo exclusivamente en amor divino. Este se manifiesta en todo su esplendor en las obras pertenecientes al género poético. En ellas derrama raudales de inspiración y belleza aquella alma ardiente, que se desprendía por completo de los lazos terrenales para elevarse á una altura donde nuestra pobre imaginación no la puede vislumbrar.

Tres son los libros que forman el grupo histórico; su vida, las relaciones espirituales y las fundaciones.

Los preceptivos son las constituciones, los avisos y la visita de conventos.

Las obras doctrinales son el camino de perfección, los conceptos del amor divino y el libro de las moradas. Los escritos poéticos son exclamaciones del alma á Dios, glosas sobre el deseo de ver á Dios y una colección de canciones y villancicos.

Entre todos descuella el libro de las moradas, superior á los demás en la doctrina, en la forma y hasta en el lenguaje. La misma Santa reconoció esta superioridad, demostrando con esto que poseía una ciencia

(1) Este trabajo fué leído por su distinguida autora en una de las sesiones públicas celebradas durante el curso último en el Instituto del Cardenal Cisneros, de que es aventajada alumna la Srta. doña Pilar Martínez.—(Nota del Director de la Revista).

que los más claros ingenios desconocen, cual es juzgar sus propias obras.

Las cartas escritas por la insigne doctora forman una colección de más de cuatrocientas, y faltan muchas por descuido de las personas á quienes iban dirigidas. También están incompletos el libro de las Relaciones espirituales y los conceptos del amor Divino.

El primero fué mutilado por Fray Luis de León, que publicó una pequeña parte con el título de adiciones á la vida de Santa Teresa de Jesús; y el segundo fué condenado al fuego por la autora por mandato de su confesor, que sin leerlo temió que una mujer no hubiera sabido tratar un asunto tan árduo. Se salvaron afortunadamente algunos capítulos gracias á la intervención de una monja de Alba de Tormes que los copió en secreto.

En vano intentaríamos someter á la crítica las obras de tan esclarecida escritora. No podemos hacer más que deleitarnos en su lectura y admirarlas. Para juzgar un escrito hay que colocarse en la situación y circunstancias en que se encontraba su autor al realizar su trabajo. Debemos compenetrarnos con sus ideas; pensar, sentir y querer con él, y esto es imposible tratándose de un espíritu como el de Santa Teresa, tan superior al nuestro por todos conceptos y tan ajeno á todo afecto mundano.

El estilo de sus obras es natural y castizo. Se comprende al leerlas que las ideas brotaban espontáneamente de su pluma sin recurrir al ingenioso artificio de la frase.

De igual modo en la prosa que en las obras poéticas, podemos admirar la gran facilidad y soltura con que están escritas. Hace amenos los asuntos más áridos, merced á las floridas galas de su brillante imaginación y nos pinta la virtud de una manera tan fácil y agradable como austera y sombría nos la presentan otros severos moralistas. Para ella la virtud es el amor, la caridad; y enardecida su alma en tan divinos sentimientos prorrumpe en frases llenas

de ternura y delicadeza como vemos en sus poesías. De estas es preciado ejemplo la conocida glosa al amor de Dios, que dice así:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
Aquesta divina unión
del amor en que yo vivo
hace á Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón.
Mas causa en mi tal pasión
ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Solo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero.
Que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
do no se goza al Señor!
y si es tan dulce el amor,
no lo es la esperanza amarga.
Quíteme Dios esta carga,
más pesada que de acero,
que muero porque no muero, etc.

Con verdadero placer se escuchan estas frases inspiradas y todo resulta pálido después de oírlas. Solo un alma extasiada en la contemplación de la divinidad puede pintar con tan bellos colores los sentimientos que la animan. Imposible parece que quien se expresa en tan sublimes conceptos pueda en determinadas ocasiones descender á un estilo más llano. En los escritos de Santa Teresa hallamos este contraste al comparar sus composiciones poéticas con sus cartas. Críticas muy severas las han tachado de desaliñadas, pero debemos considerar que no fueron escritas con intención de publicarse y que los trabajos de este género no permiten mayor elevación de forma. Lo cierto es que encierran muchas bellezas, y algunas cautivan por su gracia y jovialidad.

Lo que es muy digno de notarse es la diferencia que resalta entre las dos clases de composiciones citadas; pues si las cartas seducen por su sencillez y pureza de lenguaje, las poesías nos encantan por la su-

blinidad de las ideas que presentan revestidas con formas tan brillantes. No he de detenerme yo en hacer elogios de la glosa que he leído, cuyas bellezas se nos muestran por sí solas sin necesidad de que las hagamos notar con observaciones inútiles.

Solo quiero significar la admiración que inspira tan sublime mujer; ya la consideramos como un modelo de santidad, cuyo ejemplo debe animarnos á procurar el perfeccionamiento de nuestro espíritu; ya como reformadora, en cuyo concepto hay que tributarle verdadero agradecimiento por lo mucho que ha contribuido con sus reformas á sostener puro é intachable el verdadero culto de Dios; ya como escritora, no debiendo en este caso más que admirarla sinceramente y divulgar la lectura de sus obras. Por mi parte me enorgullezco de pertenecer á la patria de tan esclarecida doctora, que ha sido y es el orgullo de su pueblo, la alegría de la Iglesia Católica y la admiración del mundo entero.

PILAR MARTINEZ.

EDUCACIÓN FÍSICA DE LAS NIÑAS.

EJERCICIOS CORPORALES Y JUEGOS.

El movimiento, expresión de la vida, es también la condición de la salud.

(***)

El juego debe ser libre y variado.
(MONSIEUR DUPANLOUP).

Dirigir bien la actividad física de las niñas es enteramente un arte que apenas se sabe, pero que se aprende cuando se quiere. La salud, el vigor y, en cierta medida, la belleza, se obtienen mediante este arte, que si importa mucho, sin duda, para los niños, importa más para las niñas, siendo respecto de ellas más grave, tal vez, la incuria en esta materia. Más dispuestas, en efecto, las niñas á la vida sedentaria por sus hábitos y su educación, no encuentran

en esos ejercicios de agilidad á que se entregan los niños, ocasión para acrecentar sus fuerzas y desarrollar los músculos. Las actitudes viciosas tienen entre ellas consecuencias más serias, porque las conducen frecuentemente á esas graves alteraciones de las formas del pecho, de la columna vertebral y de la parte inferior del tronco, á que las mujeres tienen particular predisposición.

La marcha, los paseos y los juegos durante el trabajo reclaman en las niñas una vigilancia particular.

I

No se necesita enseñar á un niño á que ande, sino que debe dejarse que aprenda solo. Un instinto más seguro que todas las previsiones, le mostrará el momento preciso en que puede tomar la noble actitud que Ovidio asigna al rey de la creación. Bajo este punto de vista, vale más que la dirección materna, la educación de la alfombra. El niño se arrellanará primero en ella sin dignidad, después, — aumentándose su fuerza muscular y su agilidad y ayudándose de las manos, cogiéndose a los muebles y ensayando conquistar la posición vertical, — sentirá con placer el momento en que podrá arriesgarse; y si todavía cae como el Lépine de las *mujeres sábias* «por no haber aprendido el equilibrio de las cosas,» caerá con agilidad, muellemente, sin peligro y mostrando que ha hecho filosóficamente entrar este accidente en el número de las aventuras de sus primeras tentativas. La experiencia, esta madre industriosa, le conduce también por transición y sin daño, á un resultado que la impaciencia y la coquetería maternas precipitan con frecuencia no sin inconveniente. El andar prematuro dispone, en efecto, al torcimiento de las piernas, lo cual es inevitable si el niño está, en un grado cualquiera, viciado de raquitismo; puede además producir deformaciones de la parte inferior del tronco y, sobre todo, esa deformidad tan notable que anatómicamente se halla constituida por una dislocación incompleta de los huesos, y de un modo ostensible, por ese balanceo de una cadera sobre la otra, que hace siempre desagradable la marcha de los niños.

Los andadores y los medios modernos de suspensión que los han reemplazado, no ofrecen menores daños, no sabiendo el niño servirse de sus músculos y sintiendo, merced á un instinto maravilloso, que sus piernas son todavía inhábiles para llevarle, sólo toca el suelo con la punta de los pies; el peso de la parte superior de su cuerpo le inclina hacia adelante, y estando fijo bajo los brazos el punto de suspensión, el pecho se aplana y frecuentemente contrae también el germen de irremediables deformidades. El carro ó la cesta, en uso de ciertos países, no tiene más valor por los mismos motivos: los niños se suspenden de los sobacos, sus espaldas suben, y la rectitud de la parte

superior de su cuerpo corre peligro. Es preciso dejarlos libres y abandonados á su *apetito de andar*, es decir, á su instinto.

Toda determinación absoluta respecto de esta materia, es eminentemente engañosa. La aptitud para tenerse en pié es más ó ménos precoz, segun el vigor del niño, su estado actual de salud, de la fase que presenta su distinción, el desarrollo de sus músculos, y también tal vez, su grado de agilidad nativa. El problema es muy complejo para que tratemos de resolverlo: este es el oficio de la naturaleza y no el nuestro. Las madres no lo piensan siempre así, y guiadas de su amor propio, ponen un empeño feroz en hacer que su hijo ande más pronto que los demás. Cuando alguna de ellas me da cuenta con orgullo de un hecho de este género de precocidad, levanto los vestidos del niño, y es muy raro que no encuentre, en un grado cualquiera, cierto estado de torcimiento de las piernas.

Este mal es mucho más grande todavía cuando el niño, en vez de secundar las ambiciosas tentativas de su madre, se resiste á ellas y prorrumpe en gritos cuando se le pone de pié. Esta sensibilidad anormal, esta rebeldía contra el movimiento, pasará por un capricho á los ojos de una madre ignorante; pero para las ilustradas será como un rayo de luz, pues que la considerará, y con razón, como uno de los primeros indicios de raquitismo, por lo que suspenderá sus tentativas y llamará al médico.

Nada hay más comun que ver un niño que ha ejercido las prerogativas de la posición vertical, renunciar á ellas de pronto y por entero y volver á arrastrarse, sin tener en cuenta para nada el sentimiento de la dignidad humana. Dejémosle obrar: esta abdicación momentánea tiene un fin y una causa. Durante los periodos de evolución dental es, sobre todo, cuando los niños muestran esa repugnancia á tenerse de pié; se tornan *flojos*, segun la palabra empleada por las madres, lo que quiere decir que sus músculos, inhábiles para contraerse, dán á sus carnes una flojedad enfermiza. Del mismo modo las enfermedades accidentales, y en especial las del vientre y los flujos diarréuticos,— cuya acción enervante sobre las piernas no halla consagrada por la observación vulgar,— obligan á ésta prudente reserva.

II

Los ejercicios pasivos en carruage ó el de paseo en brazos, son los únicos admisibles tratándose de la primera infancia; pero no todos los niños tienen cooba, ni son bien llevados. El primer inconveniente apenas es remediable; el segundo puede serlo con un poco de cuidado. Aun á riesgo de atraernos protestas enérgicas, diremos claramente á las madres y á las nodrizas, que no saben llevar á los niños. Desde luego los llevan exclusivamente sobre el brazo izquierdo, á

fin de dejar libre el único de los brazos que, gracias á una educación ininteligente que han recibido, es susceptible de hacerles servicios reales; de aquí una actitud del niño que se hace viciosa por su incesante repetición. Para darse bien cuenta de esto, no hay más que examinar un niño casi desnudo teniendo sobre el brazo de su nodriza la actitud ordinaria: el asiento del niño descansa en una dirección oblicua sobre el antebrazo de la que le lleva, y cayendo hacia atrás el centro de gravedad, es preciso que el cuerpo del niño se incline adelante y que el pecho de la nodriza le suministre un plomo de apoyo. En esta situación, uno de los sobacos del niño, el izquierdo, se eleva, su columna vertebral describe una curva convexa hácia la derecha, y el hombro correspondiente se eleva hácia arriba; de aquí una contorsión notable del busto. Si la nodriza tiene el hábito, por un feliz aunque muy raro ambidextrismo, de llevar al niño indiferente y alternativamente en ambos brazos, una de las posiciones corrige á la otra y desaparece todo inconveniente. ¿Cuándo, pues, se persuadirán todos de que en higiene no hay cosas pequeñas, entre las cosas ordinarias de todos los días? Ese día habrá dado un gran paso hácia adelante la causa de la salud.

Si hay graves inconvenientes en hacer andar á los niños muy pronto, no son ménos serios los que resultan de sentarlos prematuramente sobre los brazos. Para que esta posición sea inofensiva, es menester que esta *masa humana*, al principio blanda é inerte, haya adquirido cierta rigidez y que no se hunda sobre sí misma: para esto son necesarios huesos más firmes, músculos mejor desarrollados, todo, en fin, lo que da el tiempo y una buena alimentación. Consideramos como cosa excelente el hábito que se tiene en ciertos países, en el Mediodía de la Francia, por ejemplo, de llevar los niños acostados sobre almohadas, y por consecuencia, en una posición inofensiva, á condición de que sus ojos, vueltos directamente hácia arriba, estén convenientemente al abrigo de una radiación luminosa muy ardiente, que pudiera producir el estrabismo ú oftalmías.

III.

Pero llega una edad en que el paseo diario juega un gran papel en la vida de la niña (pues aunque interesantes estos detalles para ambos sexos, tocan todavía más de cerca al femenino). La higiene aplaude este hábito, pero no abdica el derecho de vigilarlo de cerca y de formular á este propósito consejos y advertencias.

Los niños tienen necesidad de aire y de luz, como las plantas; es preciso, pues, que los paseos se dirijan de manera que den, en cuanto sea posible, satisfacción á este doble interés.

El paseo en las calles ofrece ventajas higiénicas muy dudosas: además de que el aire no es en ellas

ni bastante vivo ni bastante puro, las ujeción en que se tiene á los niños para prevenir accidentes que sobrevienen á cada paso, priva á este ejercicio del atractivo que en cierto modo debe ser su alma; en fin, las exigencias convencionales, mas tiránicas aun, del vestido y las precauciones que impone, constituyen una doble sujeción que apenas deja lugar á la diversión y alegría. Allí donde el campo está cerca, nada le reemplaza para los paseos. Hufeland ha dicho graciosamente y con exactitud á este propósito:

• En donde quiera que la naturaleza se engalana de flores y de plantas, allí está el verdadero elemento de los niños, el que más contribuye á conservar su salud. Un triste cercado de paredes obra sobre ellos de un modo por todos conceptos dañoso, haciéndolos seguramente pálidos, frios é indolentes, mientras que un paisaje risueño les comunica colores, vida y calor. Por esto miramos como cosa importante para formar niños sanos y vigorosos, dejarlos vivir durante el estío, cuanto sea posible, en el campo ó en un jardín. Este es también el medio mejor de curar las enfermedades á que los niños pudieran estar predispuestos y de operar verdaderas metamorfosis en su constitución.

• No podemos dar más autoridad á nuestras palabras que haciendo notar la diferencia que existe entre los niños de los campos y los de las ciudades, ó lo que viene á ser lo mismo, entre los que viven al aire libre y los que se crían encerrados en las habitaciones de una casa. Solo al aire, de que los primeros gozan con toda libertad, es al que éstos deben las ventajas de el tener color más fresco, mejor salud y fuerzas más desarrolladas; estar menos expuestos á enfermedades y soportarlo mejor todo, áun los extravíos del régimen.

• No debemos omitir tampoco la saludable influencia que el hábito de disfrutar diariamente del aire libre, ejerce sobre los ojos, y que es de la mayor importancia, sobre todo, en la época actual, en que la especie humana degenera sensiblemente, con respecto á las facultades visuales. Nadie duda que la miopía, tan común entre los habitantes de las ciudades, se debe principalmente á tener los niños casi constantemente encerrados entre cuatro muros, de suerte que el ojo, no percibiendo más que objetos cercanos, se organiza solo para ver de cerca, y concluye por perder por entero la facultad de adaptarse á la visión de los cuerpos que se hallan lejos; pero nadie duda tampoco que el hábito precoz de vivir en pleno aire, y de tener delante un vasto horizonte, fortifica la vista desde el principio, y la hace persistente y de mayor alcance. Este es seguramente un nuevo y muy poderoso motivo para arrancar los niños con la frecuencia que sea posible, de la estrecha prisión en que se les tienen encerrados (1).

Las maravillosas trasformaciones que sufren en nuestros días las grandes ciudades, trasformaciones á las que el culto del pasado, el sentimiento de lo pintoresco y el equilibrio de los presupuestos rehusan con justicia su asentimiento, pero que encuentran en la higiene una indulgencia interesada, han tenido por resultado la formación, en el centro mismo de las ciudades, de paseos más espaciosos y más aireados y de jardines públicos, en los que los niños van á distraerse. Esto no es el campo, pero tampoco es la prisión á que antes nos hemos referido; es la pajarera, en la cual la verdura disimula las austeridades del enrejado y lo exiguo del espacio. La ilusión existe á juzgar por la alegría de los pájaros.

La buena, la gran higiene, es la que también da á los pobres satisfacciones de bienestar que les son comunes con los ricos. Tal debe ser el objetivo de la higiene pública, pues que la higiene privada se estrecha y estrechará siempre al tratarse de esta nivelación. Todo el mundo tiene derecho al aire, á la luz, al agua, á la vegetación; las autoridades que hacen abundar libremente estos elementos, merecen bien de la salud pública.

Así, pues, los paseos en los jardines públicos, centros de reunión en que se forman esas relaciones encantadoras que el azar anuda y el placer ameniza, deben utilizarse; pero también, y todas las veces que se pueda, debe acudir al paseo por el campo, al paseo, en el cual se corre con la nariz abierta, las mejillas coloradas, sin cuidado, ni dirección, ni compostura; al paseo imprevisto é impensado en que un matorrall toma las porciones de una América. Un pedazo de pan seco comido durante una de esas correrías, hace más sangre, y sangre mejor, que el pedazo de carne más succulento comido á la vuelta de un paseo frío y acompañado en la atmósfera nauseabunda de nuestras calles. Pero el campo está lejos de nosotros, y las proporciones babilónicas que constantemente toman nuestras ciudades nos lo aproximan, y hay largos distritos é interminables arrabales que atravesar, y los ómnibus y los ferrocarriles de circunvalación no existen por todas partes ni para todos. Mas ¿no podría llenarse este vacío algun día?

Así como una casa tiene necesidad de desocuparse de vez en cuando para descansar en cierto modo, higiénicamente hablando, de la misma manera precisaría también que cada población grande tuviese, á una ó dos leguas, un inmenso desahogo, una especie de bosque de Bolonia en buenas condiciones, donde pudiera irse de tiempo en tiempo á respirar con todo el pulmón un aire nuevo; pero sería menester también que un ferro-carril americano, construido y funcionando en condiciones tan económicas como fuera posible, trasportase gratuitamente y á ciertas horas, por lo ménos los días de fiesta y los domingos, á cuantos la nostalgia del campo empujase á huir de «los placeres de la ciudad», en la que

(1) *Macrobíotique ou l' Art de prolonger la vie de l'homme*, par C-F Hufeland, traducción Jourdan: Paris, 1828. p. 461.

la indigencia los retiene. Esta feliz innovación, hecha más fructuosa todavía por la prohibición administrativa de toda taberna ó bodegón en cierto perímetro (los prefectos tienen este derecho, que nunca lo usarían más legitimamente), permitiría á las ciudades *holgar*; los aficionados á la estancia en el campo estarían bien; los que prefieren la vida sedentaria, aprovecharían momentáneamente el aire que les dejasen los otros, y la salud, y tal vez las costumbres también, encontrarían en ello beneficio. ¿Estamos despiertos? ¿Forjamos un sueño? Si estuviésemos encargados de la administración de Lyon ó de Marsella, se vería pronto realizado este sueño. Higiene, ¿no podemos darte más que un voto; pero al menos te lo damos! Frecuentemente hemos pensado también que si familias de mediana fortuna se asociasen con un interés higiénico y de bienestar, podrían alquilar ó comprar en común, en las cercanías de la población, un pequeño campo, ó al menos un jardín, á donde irían sucesivamente, y siguiendo turnos regulados de común acuerdo, á hacer respirar el aire puro y abundante á sus hijos. La higiene y la cordialidad se encontrarían igualmente bien. ¿Cuántas mejoras hay que realizar para la salud, y qué poco se piensa en ellas!

No se trata sólo de recomendar el paseo: es también preciso determinar las condiciones y la medida en que debe realizarse.

Entre los niños muy pequeños que se llevan de la mano, importa vigilar la posición necesariamente viciosa que esta dirección tiende á darles. Si no se les cambia prudentemente de mano durante la duración del paseo, se eleva abusivamente uno de los hombros, y de aquí cierta tendencia á una mala actitud y una fatiga de los músculos así estirados. Se comprende que de este inconveniente, multiplicado por un hábito diario, se originan resultados dignos de notarse, y que son tanto más inminentes, cuanto que la estatura de la persona que tiene el cuidado de los niños es mayor, y esa persona se muestra menos condescendiente en bajarse al nivel de ellos: la elevación de uno de los hombros puede ser la consecuencia de esto. Debemos señalar también los daños de los saltos en que los niños, levantados por uno de los brazos, atraviesan á pesar suyo los Rubicones de nuestras calles. Las fracturas, ó mejor, los descoyuntamientos de la extremidad inferior de uno de los huesos del antebrazo, son frecuentemente las consecuencias de este movimiento; las madres ó los criados evitarán este daño levantando á los niños con ámbas manos colocadas alrededor del tronco.

Hay también otro accidente que puede resultar de esta maniobra: tal es el rozamiento exagerado de uno de esos dos huesos girando sobre el otro; en este movimiento, los músculos son pellizcados en cierto modo, y el antebrazo inmóvil es el sitio donde tienen lugar dolores que arrancan gritos al niño. Se reme-

dia este accidente extendiendo bruscamente el antebrazo y dirigiendo simultáneamente la palma de la mano hácia arriba, y aún hácia afuera.

Estos inconvenientes son reales; pero desaparecen en presencia de los daños mucho más graves que resultan de la incuria y de las malas costumbres de los sirvientes á quienes se confía el cuidado de llevar los niños á paseo.

No hablemos de esos tratos brutales, de esas ejecuciones sumarias de que un paseo filosófico de una hora suministra muchos ejemplos á la observación; esto es alguna parte de ello, sin duda, pero no todo: el abandono de los niños á sí mismos y á compañías cuya educación es reprochable; los accidentes que favorece la falta de vigilancia; la imitación de la trivialidad de los gestos ó del lenguaje, si no es de ámbos á la vez, no son los únicos daños que amenazan á los niños que están muchas horas del día en medio de un cenáculo de sirvientes. Hay uno que la casta solicitud de las madres no sospecha, y sobre el cual llamamos, no sin graves motivos, su atención. Así como hay criados que son atentos, reservados y cuidadosos de sus deberes, los hay también que no merecen el nombre de buenos sino por una verdadera antifrasis, y que se preocupan mucho menos de las ventajas de la higiene que el paseo puede ofrecer á los niños que les están confiados, que de las ocasiones que les suministra para entablar ó estrechar relaciones poco abonadas. Si el niño es pequeño, será infelizmente sacrificado á las agitaciones de una pasión que apenas permite pensar en él, y resulta el mártir de una de esas escenas de que la caricatura ha hecho desde mucho tiempo su presa; si es mayor, será preciso obtener su silencio por la intimidación y hacerlo cómplice. Se nos ha citado el hecho de una criada que, más inclinada al militarismo que á la pedagogía, compraba la discreción de un niño untando á éste los labios con aguardiente, y obtenía de este pobre y pequeño piel-roja, y por la amenaza de privarle de semejante recompensa, lo que el Viejo de la Montaña obtenía en tiempos pasados de sus seides. Se nos ha añadido que éste no es ya un hecho aislado. ¿No es esto bastante horroroso?

¿Qué es, pues, preciso hacer para prevenirse contra tratos y crueldades de esta naturaleza? Escoger bien y vigilar mejor á los sirvientes, confiar el cuidado de los paseos al que inspire más confianza, y después, y además de todo ésto, ir uno mismo á pasear con sus hijos, ó por lo menos aparecerse en el paseo de improviso para ver lo que en él pasa. Que no se invoque la multiplicidad de ocupaciones y las exigencias del mundo y sus relaciones: ¿no es el paseo necesario más que para el niño, y encontrará acaso la madre misma la salud en una vida retirada? Es preciso que también ella pasee con su hijo, con lo que realizará un triple y saludable oficio. Lo afirmamos, y una larga meditación acerca de estos problemas nos da

la convicción de ello: no hay un interés de higiene que no encuentre como sanción un interés de moral, es decir, un deber. ¡Dichoso consorcio que da á estos consejos nuestros una autoridad que de buen grado litigaríamos si sólo la salud fuera la causa de ellos!

(Se continuará).

J. B. FONSSAGRIVES.

Por la traducción: P. DE A. G.

CONGRESO PEDAGÓGICO.

Por un olvido involuntario, hijo de la precipitación con que estos artículos se escriben, nada se dijo en el anterior acerca de la sentida Memoria y leída por la señora doña Micaela Ferrer, profesora de una de las escuelas públicas de Madrid, la cual en su bien escrito discurso, justamente aplaudido, se declaró partidaria de que se confie á la mujer la educación del párvulo y otras ocupaciones propias del sexo débil, sin pretender jamás arrebatarse al hombre la gloria de la ciencia, la dirección de los negocios públicos y otras ocupaciones que de derecho les corresponden, porque para ello tiene una organización adecuada de que carece la mujer, cuya misión es de índole muy diferente.

Se lamentaba, y con razón, de que así como en Alemania y Francia se reconocía en la mujer aptitud necesaria para los cuidados que el párvulo requiere, en España se pusiera en tela de juicio esta capacidad, constándole al hombre, como le consta, que la mujer española en nada es inferior á la mujer alemana, siempre que la educación no se descuide y se la someta á idéntica dirección.

El Sr. Simoens Raposo, profesor de la Escuela Pia de Lisboa, concedor profundo de nuestra legislación en materia de enseñanza y uno de los más distinguidos pedagogos del país vecino, pronunció en español correcto un elocuentísimo discurso, haciendo una brillante defensa del sistema Froebel, que debía encargarse á la mujer educada, debiendo manifestar al propio tiempo, que en lugar de una mujer dispuesta para el parlamento, él deseaba una esposa cariñosa, una buena madre de familia y una obrera diligente del hogar doméstico. Sus palabras fueron acogidas con general aplauso.

El Sr. Olmedilla y Puig, de la facultad de Far-

macia, hizo también atinadas observaciones para demostrar que en su opinión la mujer con su ternura, debiera tener bajo su cuidado maternal, más que la instrucción del párvulo, los cuidados físicos y la parte recreativa en que el niño debe entretenerse. El Sr. Campos y Miravete, de Zaragoza, no niega las excelencias del método Froebel; pero no reconoce en la mujer aptitud bastante para la dirección de los establecimientos de esta clase, ni reconoce tampoco autoridad suficiente para tratar estas cuestiones, sino en los hombres encanecidos en la enseñanza, los cuales dice son los únicos que han podido apreciar teórica y prácticamente que el hombre y la mujer unidos, dan mejores resultados en la educación de los párvulos, que encargando esta educación á la mujer exclusivamente. De este modo de pensar fué también el Sr. Redondo, profesor de Zamora, último que se ocupó del tema cuarto.

Tema quinto. Reformas que reclaman nuestras Escuelas Normales. Instituciones pedagógicas que con ellas deden concurrir á la formación de los maestros de ambos sexos y á elevar la cultura de la mujer. Carácter de esta cultura.

El director de la Normal de Segovia, Sr. Herrains, tuvo á su cargo el tema quinto, leyendo una bien escrita Memoria, en la cual opina, como fundamento de primer orden, que las necesidades materiales y las necesidades morales, tan indispensables estas como las primeras, exigen aumento de sueldos en los profesores, para que éstos puedan dedicarse á los estudios que necesita el que prepara al maestro, estudios de una índole especialísima, que reclaman mucho tiempo y obras de alguna importancia, que no están al alcance de los que aun con un sistema muy económico apenas pueden satisfacer sus más apremiantes necesidades. Se declaró partidario de los programas en la enseñanza, admitió como buenas las excursiones escolares, de las cuales, bien dirigidas, pueden sacar mucho partido; expuso una serie de reformas encaminadas á elevar la cultura del maestro al nivel en que está en las naciones más adelantadas, y como no podía ménos de suceder, dijo que la educación de la mujer reclamaba hoy mayores cuidados, por lo mismo que las necesidades son mayores, si la misión de esposa y madre ha de desempeñarse cual corresponde á los tiempos presentes, de más exigencias que los pasados. Fué muy aplaudido.

El Sr. Alcantara García, secretario del Congreso, autor de varias obras y profesor de pedagogía en las Escuelas Normales de Madrid, con la competencia que le dan sus conocimientos especiales, hizo un estudio muy detenido sobre las muchas reformas que deben introducirse en el campo de la pedagogía, á la cual da una importancia extraordinaria en la primera enseñanza. Afirmó que no puede negarse la existencia de la moderna pedagogía, basada en el estudio del niño y en la observación de sus manifestaciones

variadísimas, mucho más conocidas hoy que en los tiempos que pasaron; las lecciones prácticas, los paseos instructivos y los museos escolares los defendió de una manera brillantísima; aconsejó la unión de todos los elementos, para dar más fuerza é importancia al Magisterio, cuyas funciones, de carácter general, á todo el mundo interesan, y pidió para las vacantes de las Escuelas Normales un personal identificado con lo que dicha institución reclama en los tiempos modernos de verdadero progreso. Sus profundos conocimientos en estas materias, le valieron unánimes aplausos del Congreso.

El Sr. Font declara que todo profesor debe tener su programa particular, sin criterio del gobierno para formarlo; defiende la libertad del profesor en este sentido, y dice que, sobre todo, la educación física es la que reclama cuidados mayores en la edad primera, y por lo tanto á ella debe atenderse especialmente.

El Sr. Cortés y Cuadrado, tan ilustrado como modesto, afirma que el grado de cultura de las sociedades, depende más que de los libros y de las reformas de la enseñanza, de los buenos educadores, los cuales en su mano tienen la llave del secreto. Cree que nuestras Escuelas Normales nada tienen que copiar de las del resto de Europa, con cuya afirmación sentimos no estar conformes, porque existen diferencias notabilísimas cuando ménos con las de Alemania y Suiza, diferencias esenciales que nosotros quisieramos ver desaparecer, en bien de nuestro país, y pidió por último que se exija el grado de Bachiller para ingresar en la Normal, que no se estudie muchísima pedagogía en estos centros y que se establezcan clases prácticas de agricultura.

La señora doña Adela Riquelme sube á la tribuna, y con fácil palabra defiende á sus compañeras de los cargos injustos que en algunas ocasiones el hombre les ha dirigido; sostiene que la mujer es tan apta como aquel para las ciencias, y pregunta al Congreso cuál es la razón de que las Escuelas Normales de maestras estén dirigidas por el hombre y no por la mujer; cita el gran número de mujeres célebres gloria de nuestro país; reclama igualdad de sueldos para los encargados de la enseñanza, supuesto que los servicios son idénticos; pide aumento de asignaturas y de material científico; y se declara partidaria de que se exija mucho rigor en el examen de ingreso.

La señora doña Micaela Ferrer, dijo con una envidiable naturalidad, que la mujer, dedicándose á las ocupaciones domésticas, misión delicadísima y que reclamaba mucho tiempo, no podía en manera alguna extender el horizonte de sus estudios científicos hasta el grado que desea la señora Riquelme, ni lo necesitaba tampoco, supuesto que su misión es otra muy diferente más en armonía con su organización y naturales aptitudes.

El Sr. Sanchez Lopez y Ruiz Yanguas, piden re-

formas para las Escuelas Normales, y que se atienda mucho más á la educación de la mujer.

La señorita Sainz Otero lee con gran expresión una notable y correcta Memoria, en ella pide una educación idéntica para el hombre y la mujer; la independencia necesaria en el personal docente y que se integre á la mujer en todos sus derechos profesionales.

La señora Martínez de Alvarez Marina lee también una discreta Memoria en la cual se lamenta de que se prefiera la mujer francesa y alemana á la española en la educación del niño español, sin conocer aquellas las exigencias y costumbres de éstos; reclama aumento de material científico para las Normales y que sean dirigidas por la mujer. Tanto esta señora como las anteriores obtuvieron muchos y merecidos aplausos.

El Sr. Sainz da cuenta del programa que á su juicio debe estudiarse en las Escuelas Normales; pide mucha extensión á la pedagogía, y termina reclamando aumento de sueldo é igualdad del mismo para todos los profesores y derechos pasivos.

Por último, el Sr. Raposo, de Portugal, hace un discurso ingenioso que llama la atención del público; se manifiesta conforme con la educación de la mujer dentro de los límites prudentes; desea para la mujer la luz purísima de la ciencia, para que sus virtudes resplandezcan más brillantemente; quiere la mujer bien educada; pero la quiere para que sea buena madre de familia y lleve sus hijos al templo, y termina saludando á la mujer española en nombre de la mujer portuguesa, á las cuales considera hermanas gemelas en virtudes y en hermosura. Estas palabras recibidas con aplausos espontáneos, dieron fin á la sesión que tuvo lugar el día dos de Junio.

Tema sexto. ¿Qué reformas deben introducirse en la manera de ser del magisterio como clase, para mejorar sus condiciones materiales y atraer á él parte de la juventud que sigue otras profesiones?

El encargado de desarrollar el tema, era el señor Fernandez y Sanchez, cuya competencia es de todos conocida.

El principio del discurso del Sr. Sanchez se consagró á la memoria de D. Manuel Godoy, á las Cortes de Cadiz, al poeta Quintana, á Gil y Zárate, á Someruelos, Ros de Olano, Bravo Murillo, Pidal y Moyano, de cuyo hombre público dijo que era la figura mas grande de la instrucción popular, y dirigió un recuerdo al Sr. Ruiz Zorrilla, que reorganizó la enseñanza y puso al Magisterio al corriente de sus haberes. Al final de este periodo fué extraordinariamente aplaudido. Pidió aumento de sueldos para los maestros, fundándose en el aumento de trabajo, y ser hoy las necesidades mucho más caras que en los tiempos pasados; reclama para la mujer idéntico sueldo que para el hombre, supuesto que el trabajo y la preparación son las mismas; se declaró partidario de la inamovilidad en el profesorado y de que haya una inspección general en cada distrito y otra especial

en cada partido judicial, terminando en contra de las juntas locales, cuya mayoría firman con una cruz, por que no saben leer y escribir. Aplausos merecidísimos.

El Sr. Raposo hace la historia de Portugal, comparándola con la de España, y declarando que han marchado paralelamente en las adversidades como en la grandeza. Aplausos.

El Sr. Fernández (D. Modesto) saluda á todos los maestros en un período brillantísimo que es calurosamente aplaudido, y éste saludo lo hace en nombre de los obreros del *Fomento de las Artes*. Habla de la civilización, del progreso y del trabajo, como principales fuentes de riqueza, y dice que ya no existen diferencias de raza, que no existe sino la aristocracia del talento y del trabajo, á la cual puede ascender el que sienta en su pecho el noble deseo de perfeccionarse; defiende el aumento de sueldo de los profesores, y que el Estado se encargue de lo referente á la enseñanza. Aplausos repetidísimos.

El Sr. Duva y Navas y otros señores hacen consideraciones atinadas sobre el tema. La Srta. Montaner habla sobre el respeto que se debe al profesorado, y lee una poesía de que es autora, dedicada á la enseñanza.

El Sr. Galdo, en un magnífico discurso, como todos los suyos, se lamentó de los cortos sueldos de los maestros, causa de que no existan en rigor las escuelas rurales. Propone que se abran las puertas á los ascensos, para que los maestros de las aldeas se estimulen con la esperanza de que han de llegar á los grandes centros y á las más altas dignidades; dice que ínterin no se dé al magisterio la consideración que merece y no se le pague lo que se le debe, no hay razón para exigirle que trabaje, y propuso que desde ahora los Congresos se celebren todos los años y en diferentes poblaciones. Cada período fué justamente aplaudido.

Por último, el Sr. Moret sube á la tribuna y en un discurso elocuentísimo, cuyos períodos brotaban saturas de sublime poesía, hizo consideraciones importantes acerca de lo como es hoy ateedido el magisterio y como debiera serlo en el porvenir, afirmando que todas las instituciones sociales nacieron con una vida raquítica, y hoy se encuentran muy robustas al calor de los poderes centrales, cuya influencia nadie puede negar; que ínterin la primera enseñanza, función social y esencialísima, no pase á manos del poder central, arrastrará una vida lánguida, como sucede en los momentos presentes, en los cuales la falta de recursos de los Municipios y el desconocimiento de las funciones del maestro, son la rémora constante de que la educación del pueblo no sea lo que exigen las necesidades de los tiempos modernos; que las diferentes escuelas políticas se han cuidado más bien de abrir ferro-carriles para la vida material que de abrir horizontes para la vida del espíritu; que la instrucción hasta ahora ha tenido un carácter esen-

cialmente teórico, cuando por el contrario debe ser esencialmente práctico y de aplicación inmediata á las necesidades de los tiempos; que la educación de la mujer si hasta há poco, se resentía de un abandono incomprensible, hoy va entrando en su verdadero terreno, y se felicita y felicita al país de este progreso realizado en las Escuelas Normales, y especialmente en la escuela de Institutrices y de Comercio; y por último, que saludaba cariñosamente al magisterio representado por los que han asistido al Congreso, y se permitía aconsejarles que, siendo el movimiento la manifestación de la vida y el acto del saber la demostración más clara del estudio, el movimiento y el estudio, ora individual y de clase, ora asociándose á todos los elementos que con buena voluntad proporcionen materiales de enseñanza, debieran unirse sin descanso en la obra del progreso humano, con lo cual realizarán, ó al ménos contribuirán á que la pátria del porvenir sea grande y floreciente, cual corresponde á su historia y á la naturaleza de sus habitantes.

La conclusión del discurso, así como la de los brillantísimos períodos que en forma de pensamientos poéticos salieron de la boca del Sr. Moret, fueron aplaudidos de una manera que no es posible describir, porque no solamente la forma elegantísima sino el fondo de su discurso de los más prácticos que le hemos oído, dejarán eterna huella en el alma de los maestros y serán en lo sucesivo el punto de partida donde empiece la dignificación del Magisterio como clase, elevándose con el trabajo honrado al rango que le pertenece, para conseguir una vida robusta que no tiene, pero que tendrá seguramente con el tiempo, si no se duerme en los brazos de una victoria que ha empezado en el Congreso pedagógico y que terminará brillantemente con la unión de todos los maestros practicando el sacerdocio de la primera enseñanza.

(Se concluirá).

E. BARTOLOMÉ.

DOÑA MARÍA DE MOLINA.

LA PRUDENCIA EN LA MUJER.

1884 á 1881.

Entre los personajes notables de la Edad Média existió la ilustre reina cuyo nombre va al principio de este capítulo. Fué hija de D. Alfonso de León, señor de Molina, descendiente de reyes y prima de D. Sancho IV el Bravo, su esposo. El historiador

Mariana la llama doña María la Grande; otros la nombran «la mujer fuerte», y nuestro esclarecido poeta el maestro Tirso de Molina, (Fray Gabriel Tellez), la retrató en una de sus mejores comedias con el título de «La prudencia en la mujer.» Todos estos calificativos mereció efectivamente con sobrada justicia, la esposa de D. Sancho, pues en ella brillaron juntas la grandeza de espíritu, la fortaleza y la más exquisita prudencia, con todas las otras virtudes que de éstas se derivan, por las cuales aparece como la más sobresaliente figura de tres reinados consecutivos, el de su esposo D. Sancho IV el Bravo, el de su hijo D. Fernando IV el Enplazado y el de los primeros años de su nieto D. Alfonso XI, llamado por algunos el Justiciero.

Los magnates, durante el primero de estos reinados, intentaron separarla de su marido D. Sancho, protestando la ilegitimidad de su matrimonio, verificado sin licencia del Papa, siendo parientes como ya hemos indicado, pero en realidad con el fin de alejarla de los consejos del rey, á quien, en tal caso, les sería más fácil manejar y casarle después con una princesa de Francia. Al conocer D. Sancho estas intrigas de sus ricos-hombres, se enfureció mucho y aún castigó á cierto Abad de Valladolid, que era el alma del negocio, proclamando para en adelante *que no existía en el mundo rey mejor casado que él.*

Si la historia concede el título de Bravo á don Sancho, no le supone dotado de grande inteligencia; por lo que es preciso convenir en que las altas cualidades de doña María fueron tan manifiestas y sobresalientes, que hicieron pronunciar á su marido aquellas palabras, síntesis del justo aprecio y elevado concepto que su esposa le merecía.

Muchos sinsabores produjeron á la ilustre señora las continuas intrigas de sus enemigos y sin duda hubiera sido fácil vengarse excitando un poco el arrebatado carácter de su esposo, que solía hacer justicias, azares violentas y ejecutivas aun para aquellos tiempos; pero su ánimo fuerte sobreponíase á toda idea que no estuviera en perfecto acuerdo con los generosos sentimientos de su noble corazón, sufría resignada toda clase de ultrajes de los turbulentos, ambiciosos y descontentadizos magnates, y les devolvía bien por mal, no obstante conocer sus aviesas intenciones. Esto hizo con su cuñado el siempre discoló infante D. Juan, cuya vida de deslealtades hubiera concluido en Alfaro á los golpes del mismo D. Sancho, sin la oportuna intervención de doña María. No se mostró ménos digna y generosa cuando por instigaciones del poderoso magnate D. Lope de Haro, el rey despidió la nodriza de la infanta Isabel, hiriendo los sentimientos de su maternal cariño.

Al fallecimiento de D. Sancho, fué tutora de su hijo D. Fernando que á la sazón contaba nueve años y gobernadora del reino hasta la mayor edad del nuevo rey.

Aquí empieza una série no interrumpida de rebeliones é intrigas, las cuales con ser tantos sus autores, de tan elevada alcurnia y grandes los recursos de que disponían, no consiguieron otra cosa que proporcionar á la insigne doña María nuevas ocasiones de aquilatar su prudencia, su enérgico carácter y su alteza de espíritu.

Se mostró igualmente sagaz política utilizando el único medio de resistencia que le quedaba, que era el apoyo de los concejos, á los cuales hizo un sentido llamamiento. Los pueblos respondieron en efecto, si bien con la mayor decisión á costa de algunas concesiones que afirmaron por completo la confianza en ellos depositada. Así logró desbaratar las miras del infante D. Juan que ambicionaba para sí la corona; las intrigas de los hermanos Laras y aun las impaciencias de D. Enrique, tío del difunto D. Sancho, cediéndole la regencia, mas no la tutela del niño que también pedía y que la reina conservó á pesar de todos, hasta la mayor edad de su hijo.

Reconciliado el voluble D. Juan con su sobrino, después de haberle reconocido por rey, no sin grandes concesiones suscitó de nuevo una coalición poderosa por el número y calidad de los conjurados, pues en ella entraron doña Violante, abuela de los infantes de la Cerda, los reyes de Aragón, Portugal y Navarra y el emir de Granada. No por esto desfalleció el ánimo sereno de doña María: con su actividad y prudente energía reunió un respetable ejército, con el cual hizo frente á sus tenaces enemigos; sujetó á unos por medio de las armas y á otros con dádivas y mercedes, hasta destruir por completo las intrigas de don Juan.

Tampoco le faltó la ayuda de la Providencia, pues los aragoneses, que á consecuencia de la citada coalición, cercaron á Mayorga, fueron allí considerablemente mermados por la peste, que arrebató la vida al infante D. Pedro de Aragón, y á la mayor parte de sus ricos-hombres y caballeros, viéndose el resto en la necesidad de levantar el sitio y de marchar en cortejo fúnebre con los restos inanimados de sus jefes, por lo cual doña María les facilitó el paso y aun les regaló paños de luto con que cubrieron los carros mortuorios.

Mas tarde otro suceso de gran trascendencia vino á robustecer la causa del rey niño tanto como abatió las pretensiones de sus constantes enemigos; el Papa otorgó al fin la anhelada dispensa matrimonial á doña María, y con ella la legitimidad de su hijo, si bien á costa de una crecida cantidad. La ilustre reina no habia descuidado asuntos de tanta importancia en medio de los azares de su empeñada lucha con los eternos agitadores del país, y el éxito más liosongero coronó sus esfuerzos.

Doña María continuó ganando en todas partes la voluntad de los pueblos en favor de su hijo; y si hasta entonces resplandeció en los momentos de peligro por

su valor sereno y su nunca desmentida prudencia, inseparable compañera de su azarosa vida, bien pronto males y desgracias de diversa índole, diéronla motivo para brillar, practicando otra virtud en armonía con la dulce misión de la mujer en la tierra: la caridad. Dividido el reino en bandos y parcialidades, la ocupación general era la guerra, hallándose por lo tanto descuidadas las fuentes de producción agrícola é industrial; el comercio, si encontraba donde alimentarse, no podía hacerse sin gran riesgo, y el hambre y la peste presentáronse terribles y devastadores: que tal es la consecuencia necesaria del estado de perturbación en que las continuas revueltas civiles colocan á los pueblos. Como un géneo benéfico iba doña María de ciudad en ciudad enjugando lágrimas, distribuyendo limosnas con mano pródiga, consolando al desvalido, captándose la voluntad y el cariño de todos.

Realizado el matrimonio de D. Fernando con una infanta de Portugal, parecía llegado el momento de que la vida de doña María entrase en un período de tranquilidad, como en recompensa de sus afanes y cuidados para mantener íntegra la herencia de su hijo. Las cosas pasaron, no obstante, de otro modo, ó mejor dicho, no mejoraron para la egregia señora, siendo esta vez causa de sus amargos pesares, la ingratitude del hijo por quien tan esforzadamente había luchado. Pero todavía tuvieron parte en esta decepción los enemigos de la reina, pues el infante don Juan y otros magnates lograron separarla del rey con disimulados pretextos y le indujeron á pedirle cuentas del tiempo que había ejercido su tutela, creyendo por este medio hallar cargos suficientes á destruir la influencia que legítimamente venía ejerciendo sobre D. Fernando. Este ya por su corta edad y experiencia, ó por dar una prueba de energía ante los que ahora se manifestaban hipócritamente decididos servidores, accedió á sus malévolas insinuaciones, ordenando que el canciller de la reina presentara las cuentas.

Léjos de corresponder esta humillante prueba á los siniestros fines de D. Juan y sus parciales, fué una ocasión más de nuevos triunfos para doña María, y de venganza y confusión para sus calumniadores, pues la minuciosa exactitud de los justificantes presentados por el canciller, demostró el desinterés y la abnegación con que la régia tutora había procedido, desprendiéndose de todas sus alhajas para atender á los inmensos gastos de la guerra, tantas veces promovidas por sus acusadores contra el hijo amado, consentidor ahora de tan villana afrenta. «Guardó para sí—dice la historia—un vaso de plata, y servíala la comida en vajilla de barro.» Por aquellos días, la ultrajada madre respondió á la debilidad del hijo, influyendo para que las Cortes le otorgaran el servicio que pedía: de este modo ejercitaba la venganza el alma siempre generosa de doña María.

Muerto D. Fernando á los treinta días del supli-

cio de los hermanos Carvajales, fué encomendada á doña María la tutela de su nieto Alfonso XI, cargo que ejerció en unión de los infantes D. Juan y D. Pedro de Castilla hasta que, muriendo éstos en una batalla contra los moros de Granada, quedó única tutora del régio vástago.

Su grande experiencia facilitó la marcha de los sucesos, contuvo la ambición de los magnates, y el niño Alfonso hubiera llegado á reinar en medio de la mayor tranquilidad, si el Hacedor Supremo concediera más larga vida á la preciosa existencia de la abuela. Debían tener fin para siempre sus trabajos y disgustos, y así aconteció en Valladolid, donde enfermó cuando iba á celebrar Cortes en Palencia. Su postrer acto como Regente, fué entregar al niño Alfonso á la lealtad de los vallisoletanos.

El monasterio de las Huelgas, fundado por la ilustre finada cerca de Valladolid, guarda sus preciosos restos.

Reflexionad bien, amados niños, sobre la influencia que ejercen en la vida las eminentes virtudes de doña María de Molina. Como esposa y madre, sufre con heroica resignación ultrajes que hieren en lo más vivo sus naturales sentimientos, para evitar que el justo enojo de su marido se manifestara en prontas y terribles venganzas contra sus encarnizados enemigos, y aún impide la muerte del rebelde D. Juan, cuando la espada del rey iba á caer sobre su cabeza. Siempre buena y exenta de rencor, perdona una y otra vez la misma falta, sin que las repetidas deslealtades de sus enemigos alteraran en un ápice la nobleza de sus sentimientos. Como madre, la habeis visto además luchar con fiera por conservar la tutela de su hijo, que «por nada ni por nadie hubiera abandonado,» según su propia confesión: el cariño maternal se manifiesta en toda su plenitud, tal cual la naturaleza lo exige en los momentos de peligro. Se aviene á compartir la regencia con los infantes, más no á que le arrancaran de su lado el hijo querido de su alma. Deshace y vence las intrigas, las rebeldías y las poderosas coaliciones, unas veces con la prudencia, otras por medio de oportunas concesiones, y hasta con el poder de las armas. Donde el peligro se vislumbraba, allí corría á prevenirle diligente y enérgica; cuando el hambre y la peste afligían comarcas enteras, su ardiente caridad la convierte en ángel tutelar del menesteroso y desvalido. Ella recibía bendiciones en todas partes, y al mismo tiempo aseguraba el trono de su hijo, aquél trono tan ruidosamente combatido por tenaces enemigos dentro y fuera de Castilla. La ingratitude del hijo desgarró el amante corazón de la madre, que devoró en silencio su profundo sentimiento; pero halla una ocasión más para confundir á los que la habían calumniado, y por única venganza presta á su hijo nuevos é importantes servicios.

Como reina, supo captarse el amor de los pueblos;

fué sagaz política, clemente, enérgica y activa; reunió, en fin, todas las buenas cualidades de madre cariñosa, de mujer digna y de reina previsora.

No hay, pues, queridos niños, obstáculos insuperables en la vida cuando una voluntad firme y dispuesta siempre á realizar el bien busca en todos sus actos, en primer lugar la aprobación de su misma conciencia y después la de los demás entre quienes viene y obra. Luchando con fé por lo justo y lo bueno se vence, no lo dudeis, mas para que el éxito corone nuestros esfuerzos, como la ilustre heroína de esta narración vió coronados los suyos, preciso es no desmayar, ni separarse del camino que el deber nos traza, aunque sean muchas las asperezas que ofrezca, y llevando por inseparables compañeros la justicia, la prudencia y la fortaleza.

JOSÉ MARÍA PONTES.

LA TRISTEZA.

Ni cielo azul, ni ruiseñor sentido,
Ni sol hermoso, ni raudal bullente,
Son hoy en esta sierra floreciente
Lo que otros días por mi bien han sido.
Recóndito pesar, desconocido,
Con súbita invasión turba mi mente;
Sólo ambiciona el ánimo doliente
Silencio, paz, indiferencia, olvido!

El dulce balago se convierte en queja
Y en tormentosa noche la bonanza,
¡Todo del alma la iniquidad refleja!
Y aun apénas, si brilla en lontananza,
Qual palido lucero que se aleja,
El faro salvador de la esperanza.

LOS RUMORES DEL AGUA.

Pláceme oír del agua los rumores:
Cada gota me dice murmurando:
Yo con rascó disfráz, siempre viajando,
He vencido á los siglos triunfadores.
Yo temblé del diluvio en los horrores,
Viví en el mar, en el arroyo blando,
Fuí nieve, fuí vapor, al sol brillando
Pinté la luz y engalané las flores.
Yo rodé con la hirviente catarata,
Bajé del mundo al lóbrego cimientó,
Corrí bendita por la tierra ingrata....
Cada gota, en suavísimo concentó,
Su peregrina historia me relata,
Y se aleja en eterno movimientó!

J. DE EGUILAZ.

EL CONTRATO DE VENTA.

En el verano de 1784. un espantoso incendio reducia á cenizas una gran parte de los edificios de Puerto Principe, en la isla de Santo Domingo, que era entonces una rica colonia francesa. Un habitante de aquella ciudad, Mr. Lastiguer, poco tiempo ántes, habia vendido un almacén lleno de mercancías á Mr. Gerard, su amigo, por la suma de ciento ochenta mil francos, cuya tercera parte se habia pagado al contado.

El vendedor y el comprador eran espectadores del incendio. Este último, viendo la rapidez con que crecia el incendio, se lamentaba amargamente y se creia arruinado.

«Consolaos—le dijo Mr. Lastiguer; sois padre de familia, y yo soy vuestro amigo. Cuando os vendí mi almacén, tenia razón al pensar que haciais un buen negocio; pero he aquí un acontecimiento con el cual no contábamos ni el uno ni el otro, que destruirá vuestra fortuna, y yo no me consolaré jamás de haber sido el instrumento de la ruina de un amigo. Si el almacén se libra del incendio, el contrato será válido para vos; si se quema, la venta será nula.»

Pocos instantes después, el almacén fué totalmente consumido por las llamas, sin que pudiera salvarse nada de lo que contenia. A la mañana siguiente, Mr. Lastiguer envió á su amigo la suma que habia recibido á cuenta, y el contrato de venta hecho pedazos.

EL MIEDO PREMIADO.

Gobernando á Cataluña el duque de San German, quedó vacante en uno de los tercios de infantería la plaza de sargento mayor. Hizo empeños el Jefe de aquellos tercios para que dicha plaza fuese concedida á un recomendado suyo, de pocos servicios.

El duque le dijo: no puedo quitársela al capitán más antiguo, haciendo ya veinte años que milita en estos ejércitos.

El Jefe replicó: ¡Ah! señor, es un hombre cobarde.

Conociendo el duque que el solicitante hablaba aconsejado más bien por el interés que por la verdad, le dijo:

Eso mismo me obliga á dársela; porque al que ha sabido resistir veinte años el miedo, no hay con qué premiarle.

MADRID: 1882.

IMPRESA DE DIEGO GARCÍA NAVARRO,
Joan de Dios, número 1, principal.